

Serie



2000

DE LOS  
CUATRO  
VIENTOS

CUENTOS Y RELATOS

ÁNGEL CIRILO AIMETTA

**FEP**

Fondo  
Editorial  
Pampeano



# DE LOS CUATRO VIENTOS

CUENTOS Y RELATOS  
DE

ANGEL CIRILO AIMETTA



Santa Rosa, Prov. La Pampa-Argentina- Edición 2000  
Hecho el depósito que marca la Ley N°11.723  
I.S.B.N. 950-9810-44-4

# INTRODUCCIÓN

*Alguna vez leí que el hombre sigue al padre y lo creo.*

*En mi caso particular, no sólo que lo compruebo en mi propio carácter, mis vocaciones y demás parecidos, cada vez más parecidos, sino que habiendo sido mi padre hombre de mil oficios, aunque principalmente alambrador, veriflico, con el paso de los años, que también yo he tenido muchos oficios y frecuentado tantos ambientes rurales y urbanos, de tan diferentes niveles –un poco extraño para esta época–, que de allí he recogido algunas de las experiencias y vivencias que he tratado de volcar en estos cuentos y relatos, la mayoría de ellos basados en hechos ocurridos.*

*No me parece abundante de todos modos advertir que la literatura, con sus propios códigos y dominios, no necesariamente respeta el rigor cronológico y verosímil de los hechos, más bien juega a su representación y dramatiza, pero no hace fotografía de la realidad o de lo sucedido. De eso, se encarga la historia.*

*Me crié en el campo desde los 3 a los 16 años, ayudando y haciendo todos los trabajos imaginables en los tambos, en los puestos, en los campamentos, en las estancias, en los arreos. Luego fui a la ciudad y repetí indefinidamente otra variedad de trabajos, hasta la fecha.*

*De tan distintas experiencias y de aquellos tiempos tan distantes a éstos, es que justifico que este conjunto de narraciones que he seleccionado se titule “De los cuatro vientos”.*

*Permítaseme, por último, una nota de mis sentimientos: vaya mi querido e imborrable recuerdo a tantos paisanos que han sido mis compañeros de trabajo y mi testimonio de amor entrañable a esos lugares rurales en los que viví y también a estas extendidas llanuras de mi querida provincia, particularmente a los hombres y mujeres del Oeste pampeano.*

A.C.A.

# LA VISTEADA

Temprano habían dejando esa tarde del viernes la bolseada en el galpón grande del Sarmiento.

Eran los últimos días de diciembre y todo había concluido en un verdadero clima de fiesta. No sólo por la paga sino también por la abundancia y calidad del grano, resultado del cosechón que se había dado aquel año en las pródigas tierras de la comarca santarroseña.

Las tres naves repletas hasta las cabreadas parecían reventar de estibas.

Los calores de aquel verano habían sido realmente sofocantes, y en el galpón se sumaba la efervescencia de la cerveza, no siempre rebajada con algo de naranjina, que corría punta a punta calmado la sed, dando coraje y tensando el músculo de lechuzones, bolseros y estibadores.

El ambiente del galpón es bochornoso, y se va caldeando a medida que se avanza en la cosecha y se multiplican los atraques de las chatas cargadas hasta la última tabla, que pujan por descargar cuanto antes. Encima, siempre hay alguno que llantea un turno con la complicidad del capataz de playa.

Se trabaja corriendo. Al límite del aguante y del tiempo. Hay que subir al burro con la bolsa, descargar y bajar al mismo ritmo, sin pausa, en un desfiladero estrecho de hombres trotando uno tras de otro entre el carro ubicado en el portón de entrada y la estiba, que arranca desde los fondos del galpón.

Bañados en sudor y polvillo todo es vértigo y fricción, chanzas y alardos de coraje. Las chatas apuran y una cola interminable que se renueva sin horario, espera al rayo del sol.

Más que hombres trabajando son hombres en pugna. En pugna contra el peso muerto de la bolsa, contra el clima, por la premura, y en una disputa de rapidez, fuerza y baquía entre sí y entre cuadrillas. Una pugna abierta y expuesta que se resuelve –no siempre– en su misma naturaleza y con el transcurrir de las jornadas.

Mientras tanto, otra pugna se desenvuelve sórdidamente, que a veces arrastra a sus propias cuadrillas: la de intereses de grandes firmas cerealeras y de estancieros fuertes, que tienen comprados a recibidores y capataces venales para dirimir el dominio del galpón.

Abelardo que hacían errar el esquivar y trastabillar a Gervasio, les provocaba a ambos continuas y sueltas risotadas.

En medio de la penumbra del patio y con una generosa luna llena, dos relucientes y expertas dagas dibujaban en el aire luminosas volutas y espirales como queriendo desatar en serio, por encima de los dos, una vieja y dolorosa historia de desamor y abandono, de miseria y de padrastras; también una contenida rivalidad de primacías por saber cuál de los dos era más Funes.

Cuando trataban, fraternalmente interrumpían el juego para obligarse una y otra vez en un convite con el negro vino de la bota, no tanto por el gusto de gozarlo como para calmar la sed y la agitación que les provocaba esa parodia de duelo criollo que tanto deleite les producía y que había logrado al fin calentarles la sangre.

Ya jadeantes y exhaustos, embebidos en risas y chanzas, con varios puntazos que vertían imperceptibles hilos de sangre sin importancia ni dolor, decidieron irse a dormir al cuarto que ocupaban juntos, abrazados y ayudándose en la mamúa el uno al otro hasta acostarse y quedar profundamente dormidos.

La noche se encargaría de terminar la tarea cerrando la historia y cubriendo de silencio sus sueños desangrados. Y así los encontró al mediodía del sábado el fondero empapados en rojo y dormidos para siempre.

Los hermanos Gervasio y Abelardo Funes eran viejos y conocidos bolseros, ya veteranos, que se encontraban año a año para la galponada de diciembre, pasaban juntos el fin de año, siempre en la misma fonda, cercana a los galpones y después se abrían y cada cual peonaba en remotas estancias, sin noticia alguna uno del otro.

Eran hijos del mismo padre pero de madres diferentes, lo sabían; no se habían criado juntos y aunque una oscura y desgraciada historia cargada de resquemores y despechos maternos los reconocía y distanciaba en suerte, el apellido, el tiempo y los oficios habían conseguido hacerlos sentir hermanos y juntarse.

La bolseada año tras año los reencontraba y les renovaba su precaria hermandad. Perteneían, encima, a cuadrillas distintas. Justamente a las dos cuadrillas más fuertes que rivalizaban con viejos y reavivados enconos en los que se mezclaban, entre otras cosas, un rudimentario gremialismo de facción, la política y, eso sí, el predominio en el galpón.

Pero el reencuentro parecía ser para ellos más importante que todo, quizás porque la fuerza de la sangre los llamaba y los hacía juntar, especialmente en el descanso, y muchas veces compartir el disfrute eufórico de gastar los jugosos jornales en el boliche, en el juego de la taba o de naipes, no siempre jugando de compañeros.

Los identificaba una tradición: su padre, Teodoro Funes, había sido también un famoso bolsero cuyas mentas aún recordaban en toda la región los más viejos, y ellos —en la estirpe y cada uno con su estilo— sobresalían en sus cuadrillas. También, como su padre, muy aficionados a la chupandina y al juego.

Esa enfática noche de diciembre comenzaron temprano a darle fuerte al taco, festejando con algunos compañeros hasta la hora del asado, en el mismo corralón de la fonda.

Después de varias partidas de truco y taba en las que se jugó fuerte y unos deschalaron a otros sin contemplación, el subido ánimo de contienda se calmó con un asado patrio bien regado con vino áspero. Habían quedado unos pocos y, en la embriaguez jubilosa, los hermanos Funes, que no habían jugado de compañeros y habían tenido suerte diversa, apostaron a vistear a cuchillo limpio entre los dos.

La destreza en el manejo del cuchillo de Gervasio era ponderada ruidosamente por Abelardo y los falsos amagues de

Abelardo que hacían errar el esquivar y trastabillar a Gervasio, les provocaba a ambos continuas y sueltas risotadas.

En medio de la penumbra del patio y con una generosa luna llena, dos relucientes y expertas dagas dibujaban en el aire luminosas volutas y espirales como queriendo destamar en serio, por encima de los dos, una vieja y dolorosa historia de desamor y abandono, de miseria y de padrastrillos; también una contenida rivalidad de primacías por saber cuál de los dos era más Funes.

Cuando trababan, fraternalmente interrumpían el juego para obligarse una y otra vez en un convite con el negro vino de la bota, no tanto por el gusto de gozarlo como para calmar la sed y la agitación que les provocaba esa parodia de duelo criollo que tanto deleite les producía y que había logrado al fin calentarles la sangre.

Ya jadeantes y exhaustos, embebidos en risas y chanzas, con varios puntazos que vertían imperceptibles hilitos de sangre sin importancia ni dolor, decidieron irse a dormir al cuarto que ocupaban juntos, abrazados y ayudándose en la mamúa el uno al otro hasta acostarse y quedar profundamente dormidos.

La noche se encargaría de terminar la tarea cerrando la historia y cubriendo de silencio sus sueños desangrados. Y así los encontró al mediodía del sábado el fondero empapados en rojo y dormidos para siempre.

# NIEBLA Y SOLEDAD

Los Aicardelli eran once hermanos, hijos de inmigrantes italianos del sur. Les decían "los gringos negros" porque eran de pelo oscuro, piel morena y, en algunos de ellos, aceitunada. Seguramente, un remoto hilo de sangre mora les daba esa apariencia, además de otros rasgos ocultos en el carácter, pero quién lo sabría.

A temprana edad, quedaron huérfanos de padre, y las familias campesinas cercanas del campo, para ayudar a la madre, cuya vida en pocos años también se extinguió, se los repartieron con natural socorro para criárselos como propios, como se hubiesen criado si nada hubiera sucedido.

Es que la familia Aicardelli era entrañable para aquellos chacareros de la Colonia Wite, no muy lejos al Norte de Banderaló; por su bondad y su temple, porque habían sido de los primeros que habían pisado aquellas esquivas y apartadas tierras, dándolas vueltas una y otra vez con su único y compartido arado mancera hasta sacarles los primeros cultivos, y porque muchos de ellos habían sido compañeros de barco, después de haber visto y sufrido juntos en las trincheras el dolor y las atrocidades de la cruenta Italia de los años '14 al '18.

De tal modo, y a pesar de esa diáspora del destino, los hermanos Aicardelli nunca perdieron el sentido de familia y los unía un fuerte sentimiento fraternal que los hizo vivir extrañando y encontrándose, aún cuando ya habían entrado en años. La mayoría, al fin, formó familia, menos el Juanín y el Bautista.

Eran todos físicamente parejos, altos y robustos y tan rústicos como mansos, buenos y callados; trabajadores rurales, sin hiel para todos los oficios, especialmente para los de la bolsa, y desde ya para los más rudos. Con esta estirpe, no faltaba entre ellos algún santabárbara, que no era precisamente el Bautista, al que le decían el bueno, porque además de serlo era el más pacífico.

Por andar de chiquito entre los carros, el Bautista se había hecho un experto en ese oficio. Conocía los recodos, los medanales y los bajos pantanosos de todos los caminos; los molinos de agua buena y los pasos de carros; el piso firme o blando de todos los potreros que facilitaban o impedían ingresar para sacar las bolsas de los rastrojos.

Como buen bolsero y estibador, él siempre acarreaba más porque sabía como nadie ir trabando la carga de la chata hasta hacerle "pollerita", después de la última baranda; destribar como se debe para la descarga o tirar la arpillería de vuelta o vuelta y media desde arriba para que la abarajen con precisión los hombreadores. Muy conocedor de los trabajos y los manejos de los galpones acopiadores del ferrocarril, en cuyo mundo se había hecho desde que era prácticamente un niño.

Muy bien caballerizo. Él mismo elegía y tomaba los potros para sus carros, los amansaba hablándoles, con buenos modales y a palma de mano, les enseñanza a trabajar y los hacía a su manera, colocando los percherones, los frisones y los mestizos en el puesto de tiro que iba justo con la raza y el carácter de cada animal.

Si de caballos, de estibas y de caminos sabía, era bueno ver cómo conocía a la gente, especialmente a la peonada: bolseros, lechuzones, estibadores, coseedores, caladores, paradores. A cada cual le sabía mejor que nadie su baquía y lo que daba, su genio y sus flaquezas.

Terminó siendo un excelente capataz de carro, quizás el mejor y más mentado de la comarca. Y no es poco decir, porque ese oficio era, quizás, uno de los más delicados y elegidos de muchos de los trabajos rurales en los que se conchababa la gente especialmente en tiempo de cosecha. A él, la peonada le respondía, y él, a pesar de gobernarlos con mano firme, era su mejor defensor. Cuidaba con tanto celo de sus caballos como de sus hombres.

Pero el mundo del galpón era bravo. Tumultuoso y febril, escabroso, violento. El galpón era el epicentro de toda la cosecha, de esa tempestuosa marea humana que se desataba repentina y ponía en movimiento urgente tanta caballada, maquinaria, carros y lo que le sigue. Desde el barbecho, que se hacía a los comienzos del año, hasta los momentos del ceriondo, la naturaleza se tomaba todo el tiempo, pero cuando estallaba el punto exacto de maduración, la espiga no podía esperar y la recolección había que hacerla en un santiamén para no darle ventajas a la piedra, la lluvia o los vientos inoportunos. Al galpón convergía finalmente toda esa urdimbre que empezaba con las trilladoras y las paradas de bolsas, a pura rastra y puño, en manchones, en medio del rastrojo, la levantada y el transporte de los primeros carros y la estibada final, hasta terminar con los últimos embarques en trenes cargueros a los grandes centros acopiadores del puerto.

En el galpón se caldeaban viejas rivalidades de cuadrillas, de recibidores y capataces; pujas de grandes intereses, favoritismos y triquiñuelas. Cuadrillas de afuera, bolseros golondrinas y hombres de la comarca. El trabajo en el galpón los juntaba y enfrentaba compulsivamente. El trigo era el oro y la vida. Y en esos apretados y sofocantes días de cosecha, se resumían y resolvían, en una vorágine al rojo vivo, las esperanzas, las ilusiones y las angustias del año de los pequeños chacareros, las grandes fortunas de los grandes y la subsistencia del año de los simples trabajadores y changadores del sol y de la bolsa. En esos rigores había que recibir, clasificar, estivar, curar y embarcar a puerto en un torbellino y hormigueo de hombres en el límite de sus fuerzas físicas, sudorosos y sedientos.

En ese ambiente áspero y montarás, el Bautista se había manejado invariablemente como lo hacía frente a la bravura de los potros o el humor no siempre fiable de sus peones: con serenidad, firmeza y prudencia.

Al bueno del Bautista, como a todos los mansos, no se le había conocido ira alguna hasta que se la chuceó y lo rebalsó con sus desplantes y arbitrariedades aquel Recibidor en los galpones de Banderaló, que todos aborrecían por altanero y llevador por delante.

Bautista le había reclamado serenamente varias veces porque siempre lo desplazaba en los turnos de atraque de las chatas, para dar prioridad a los envíos de los estancieros fuertes.

Aquella mañana de niebla leve, después de haber maldormido con su gente en el mismo carro esperando los primeros turnos, Bautista, esta vez sí, le protestó airadamente. El recibidor, acostumbrado a matonear, se le vino al humo insultándolo. Bautista lo esperó quieto y tenso apoyado e la rueda mayor de su carro, y cuando el hombre, revólver en mano, hizo el ademán en alto para bajar y tirar, Bautista, como un felino, se agazapó y de un salto le ciñó la muñeca con la mano izquierda, desperdigándose los tiros por el aire, y con la derecha le hundió un invisible toledito verijero abriéndole el abdomen.

Aquella aciaga defensa propia, que conmovió a la comarca y que todo el mundo atestiguó, no le alcanzó al pálido defensor de oficio para contrarrestar los influyentes argumentos urdidos por los abogados de los estancieros fuertes que defendían al muerto, y un juez muy severo y protector de la justicia lo mandó ocho años a la sombra.

Todo pasó y Bautista volvió a sus lugares cumplidos los cuarenta, cruzada la cara de arrugas y el pelo totalmente blanco, como si hubieran pasado veinte años y como si aquella niebla leve de la infesta mañana se le hubiese impregnado densamente y para siempre en sus cabellos.

No volvió a trabajar de carrero y hacía trabajos menores y apartados. Enmudeció y se tornó solitario y uraño; con los únicos que pasaba largos ratos y se entretenía era con los niños, que lo querían mucho y lo seguían. Parecía sufrir una insuperable humillación y por sus ojos se le filtraba una tristeza irredimible. La muerte del otro lo había matado a él también.

Todo había cambiado en él, menos su esencia: seguía siendo tan manso y pacífico como antes, y la gente lo siguió llamando Bautista el bueno, parecía con más énfasis, como un desquite, pero no alcanzaba.

No formó familia, como si la soledad sufrida en el encierro se le hubiera instalado para siempre en su destino.

# EL CAMINO DE BARROSO

"Todo se arregla menos las calles" decía siempre don Barroso cuando algo de apariencia irremediable sucedía.

Y esa sentencia, consoladora y honda, que coincidía en el fondo con el sentido de la vida que tenía la gente del lugar, se convertiría al fin en un dicho que todos repetían en aquella comarca del entonces pueblito de Elordi, allá en el Noroeste bonaerense.

De primer intento, resultaba incomprendible, ya que si algo hacía don Ismael Barroso era, precisamente, arreglar la calle: el camino de tierra que, paralelo a las vías del Ferrocarril Oeste (F.C.O.), unía Elordi con Banderaló y con General Villegas.

Él era el peón caminero de Vialidad, y por décadas repitió su trabajo cotidiano comandando una simple Champion tracción a sangre.

El puesto caminero donde vivía con su familia estaba a mitad de camino, hacia Villegas, y era posta obligada de todo viajero del lugar para hacer un resuello, pedir un auxilio, buscar noticias del paso de alguien o simplemente por el gusto de llegar.

La posta se trasladaba generalmente al camino, allí en el sitio donde don Barroso andaba cuneteando, haciendo banquina, terraplenando el medio para tapar los pozos que dejaban los carros después de la lluvia o luchando contra los serruchos y lomos de burro que descubrían los implacables vientos de sequías. Ubicarlo no era ningún secreto, sólo bastaba seguir la volcada más fresca de la cuchilla.

Salía de mañana muy temprano y volvía a la oración, de sol a sol, como todo el mundo; siempre que no tuviera que vivaquear en carpa porque el tramo a mejorar le iba quedando cada vez más lejos del puesto.

Hacía su trabajo sin apuro, con paciencia de campesino (o de caminero), dándole sosiego a los matungos, y tomándose él mismo su descanso para churrasquear al medio día o tomarse los cimartones de la tarde.

Casi nunca estaba solo, y menos para esas paradas. Algún hombre de a caballo o en sulky, arriero de poca tropa o caminante lo acompañaba al paso de la máquina y se demoraba y entretenía el tiempo que dispusiera según la hora y el apuro de llegar que lo llevara.

Por ese ancho callejón del costado de la vía pasada el mundo. Principalmente el mundo de la comarca: desde los que tenían las tranqueras al frente a los que vivían o trabajaban en los campos y las estancias del fondo de las leguas.

Era el territorio de todos. Allí desembocaba la vida, porque a él bajaban chacareros, puesteros, mensuales, tamberos, arrieros, tanteros, contratistas, y medieros, maestros rurales y almaceneros o bolicheros de los pueblitos distantes; un mundo al fin, que dueño laborioso de aquellos parajes, transportaba sus frutos en chatas o carros, lo recorría en sulky, en charret, vagón o vagoneta, llevando tropa los arrieros, yendo a buscar los víveres o, raramente, a ver al médico.

Era esa carretera la lonja que anudaba en sus dos remotas puntas a la región con el mundo.

Siempre fue camino real, después fue ruta nacional, y por eso también pasaba un mundo de desconocidos: grandes arreos, ruidosas caravanas de carro gitanos, mercachifles de estancias y de los otros, de aquellos que venían del Norte en carretas de mulas llevando frutas secas y artesanías de pueblo en pueblo, viajantes, embajadas de radioteatro, señores de ciudad en lujosos coches capotados y tumultuosas formaciones de carromatos exóticos y estrafalarios con animales salvajes en jaulas rodantes transportando circos. Cuando esto sucedía, rápido corría la noticia y más de una vez chicos y grandes, de a pie o en lo que anduvieran, se asomaban al camino o al terraplén de las vías para observar con los ojos grandes a aquellos desfiles extraños y llamativos.

Al lado, el mundo ferroviario que circulaba por las vías: maquinistas, foguistas y ayudantes pasaleña, ardidos y sofocados en esa caldera abrasiva que eran la máquina y su ténder; guardas de furgón de lentes e interminables trenes de carga; catangos con las primitivas zorras a bomba o ya con las nuevas a motor; conductores del tren pagador o del novedoso Autovía, color naranja con friso negro, en el que viajan van "los superiores"; guardahilos del telégrafo, todos, que, en general, eran siempre los mismos y por lo tanto conocidos y amigos de Barroso. A él le dejaban noticias de las ciudades, de las estaciones y hasta de punta de rieles.

Cuando los ferrocarriles pasaron a ser propios, los trenes inauguraron la nueva etapa con una leyenda que decía "Ferrocarriles Argentinos" y recorrián las distancias envueltos con la bandera

argentina desde el miriñaque hacia atrás, pitándole a los campesinos que trabajaban en los corrales y galpones, lavando tachos en las plataformas de las cremerías o alambrando en las inmediaciones.

Al poco tiempo no más, comenzó a pasar "El Ranquelino", el nuevo tren pasajero, veloz y humeante, que paraba en cuanta estación había, y la gente iba a caballo o en carroaje a verlo pasar por los campos y saludarlo con los brazos alzados o haciendo volar los sombreros y las gorras desde el alambrado de la vía, cuando no lo tomaba en la estación para viajar barato y con un confort desconocido a Buenos Aires a visitar parientes.

Para aquella gente sencilla y metida en sus días estos sucesos, ligados a las nuevas escuelitas en el campo, la radio a batería con el molinillo cargador, el estatuto del peón, el aguinaldo, el salario familiar y las vacaciones, les agitaban el entusiasmo y parecía que todos ponían mejor esfuerzo en el tambo o la granja, en arar y sembrar más, en criar más pavos y pollos para mandar a los mercados de Buenos Aires, que crecían en reclamos por cantidades inatendibles.

Desde la estación de Elordi, con la ayuda del bueno de don Seoanne, su jefe, y del cambista Ruano, se cargaban jaulas y jaulas de aves y huevos para las firmas consignatarias del mercado de Avellaneda. Desde el embarcadero, la hacienda a Liniers y desde los grandes galpones el cereal en bolsas al puerto.

Los quesos del incomparable maestro Lorenzoni, en su infinita variedad y sabor, desde la fábrica de Tolosa, también se fleteaban a los insaciables mercados metropolitanos.

Todo esto daba nuevos temas de conversación en las mesas familiares, en los galpones y corrales, en los almacenes y boliches o en los esquineros de los campos, donde se encontraban los recorredores para darse noticias de alambres rotos y de animales perdidos o pasados de un campo a otro. Como nunca antes, se repetían los encuentros y las reuniones entre vecinos.

Y allá en el camino, a don Ismael Barroso nunca le faltaba leña porque los golondrinas que viajaban de coto en los techos de los trenes cargueros que venían repletos de los caldenares de La Pampa, le tiraban abundante troncos al pasar.

Barroso, que custodiaba y conservaba con tanto entretenimiento y celo ese tramo de 10-12 leguas, era el único habitante estable del camino. El que sabía del paso de todos y de los sucedidos de la región.

El que daba las noticias y los recuerdos, los comentarios y las consultas que unos dejaban y otros recogían.

Por él se sabía cómo estaban los corsos en Villegas, los bailes de fin de año o los patrios que se hacían en los galpones del ferrocarril de Elordi, el resultado de las cuadras, las carteras de sortijas, los torneos al palo, las cinchadas y de todas las fiestas criollas y de las otras que se hacían en los pueblitos, las chacras y los puestos del alrededor.

Siempre había alguna de a pie en los juegos de murra, de tute, truco, siete y medio, mus, bochas, taba y otras delicias donde se juntaba tanto vasco, italiano, gallego y criollo; se jugaba por diversión o por "algo", "pa' que duela", y al final siempre terminaba alguno descalzado y ofendido.

En algunas estancias y campamentos se jugaba a la clavada del fierro e'crito, de vuelta, vuelta y media y hasta de dos vueltas, especialmente en La Marianita, donde en los viejos galpones de adobe, todavía de la fundación, que habían quedado alejados del nuevo caso, se les daba asilo y tumba a muchos crotos juntos, hasta que un día el cromo Centurión —ex-presidiario— le atravesó el fierro a otro cromo en los ijares y lo pasó a mejor vida, y desde esa vez "se cortó el hospedaje, don Julio" como le gustaba decir y se lo repetía el cromo Zabalota al gringo Aimetta, cada vez que lo visitaba en su campamento de alambrador, y el gringo lo ponía a trabajar por día. (Casi nunca terminaba de hacer lo que empezaba, y a los dos o tres días, sin que nadie lo viera y sin esperar la paga, alzaba el mono y desaparecía. Año, año y medio volvía con chismes y embustes inverosímiles de peones, patronos y chacareros).

Y Barroso, con un gracejo especial, siempre sobrio y juicioso, con lo que cada uno le traía, reconstruía y contaba los hechos al detalle, convertido al fin, sin que él ni los demás lo supieran o quisieran, en el heraldo rural de esa comarca. Barroso era el hallador infalible de cosas perdidas: el cojinillo negro de don Anastacio Paez; el facón de oro y plata "La movediza" de don Federico López, al que le decían el hombre y medio, entre otras cosas por la altura; el rebenque encchapado de don Melitón Castro; el vergajo o arreador de verga de toro del gringo Aimetta, hecho por él y con algunos repujes en tientos finos que le había agregado don Perucho Díaz; el Smith & Wesson del gringo Adamis, que le había dado más de un dolor de cabeza y hasta el

cuchillito verijero del bueno de Bautista Aicardi, aquel que todos decían que era, pero no era, el que llevaba cuando se desgració en los galpones de Banderaló y por lo que pagó un precio muy caro; y tantas linduras que rescataba del camino y religiosamente devolvía don Barroso.

Si el camino era el alma de la región, Barroso era el alma del camino. Hospitalario, servicial, comedido, siempre de buen humor, trabajaba canturreando. Sobre el escueto chasis en trapecio de su champion llevaba un cajón con tapa y allí, además de los víveres, atesoraba los objetos hallados y los encargues del vecindario.

El camino fue su vida y durante tantos años, veló el paso, la suerte y hasta el destino de pobladores, caminantes y peregrinos.

Con su eterno sombrero "corazón de potro", invierno y verano, y su encerado amarillo los días de lluvia, Barroso, infalible, repitió su trajo vitalicio, su empecinado oficio de arreglar y arreglar lo que nunca dejó de romperse, tratando de hacer que el camino fuese camino, cuando en realidad el camino se hacía y deshacía en sí mismo, siendo siempre igual y siempre distinto. Tenía razón don Barroso... todo se arregla menos las calles.

En una lucha existencial de tiempo, a largo plazo, entre la obstinación de su destino y la indomable rebeldía de esa interminable longuera, tierra de todos y de nadie, propia y extraña, le fue su juventud, su vejez. Le fue la vida.

El tiempo se alió a la tierra. Los viejos colonos pobladores habían partido para siempre y familias enteras se fueron yendo de a poco a la ciudad. La comarca se fue despoblando inexorablemente hasta vivir el ocaso de aquellos irrecuperables días de todos.

Hasta que un día, alguien lo encontró, ya en la magrez de sus años, cumpliendo con su consigna, sentadito como siempre en el asiento de acero de su champion y con las riendas en la mano, pero con la cabeza caída sobre el hombro, como si estuviera dormido.

Los dos zainos, matungos y sobados, inmóviles, con el pescuezo pendiente y abatido y el hocico casi al piso, parecían estar velándolo, reverentes, sin esperar el chasquido animador que su amo ya no les podía pronunciar.

# JOSÉ ADAMIS, EL GRINGO

José Adamis, "El Gringo", alto y desgarbado, hijo de inmigrantes italianos y hacedor de mil oficios, hombre solo y manso, había regresado esa tarde a Larroudé junto con otros compañeros en viaje de croto sobre los insolados y ventosos techos de un lento tren de carga.

Volvía de Santa Fe denso y abrumado por fatigosas jornadas vividas en una nueva y dura junta de maíz, en los calurosos campos de Villa Cañas.

Allí acudía año tras año a trabajar por tanto donde los altos rindes desafiaban la baquia y el aguante de los que estaban hechos a todo; y él era uno de esos. Ya llevaba unas cuantas temporadas mezclándose con gente del oficio desde San Gregorio a San Cristóbal, pasando por María Teresa, Cañada de Gómez, Esperanza y La Pelada, entre otros.

Pero éstas no eran sus únicas campañas, ya que tampoco le sacaba el cuerpo a la cortada de pasto y emparvada en las estancias de Buenos Aires, al corte de adobe en los hornos de General Pico, a la bolseada en los galpones de Realicó o Banderaló o a los fríos del sur en las esquinas patagónicas.

Cuántos reencuentros y ausencias se repetían año tras año en los mismos y diferentes lugares, pero siempre la misma gente. Gente de toda clase. Golondrinas de toma y traiga, sin arraigo, tramposos en el juego y ventajeros en el trabajo. Muchachones soberbios y sin credo, rotos, burlones, sin conversación. Otros, cerrados y sombríos. Pero cuántos también amigos de una vez y para siempre, fraternos, derechos, hombres cabales.

Siempre valía la pena cada campaña porque le permitía hacerse de reservas para pasar los inviernos duros.

Envuelto en pequeños atados dispersos en falsos bolsillos de su ancha faja negra, había guardado durante el viaje el resultado nada magro de la contrata. A esto lo había aprendido hacía unos años de un viejo gringo de Pergamino que fue de los pocos que salvaron lo suyo cuando a medianoche, un grupo de bandoleros que al pasar se dijeron hombres del Pibe Cabeza, arma en mano, asaltó y saqueó el camión que los traía de regreso de La Pelada, quitándoles la quincena y

llevándoles el transporte para dejarlos de a pie a mitad de camino entre el pueblo y el campamento.

Noche desgraciada aquella cuando, además, hubo que turnarse en la caminata cargando sobre los hombres al Cordobés que se había estropeado la pierna al ser obligado a largarse brutalmente del camión!

Se vivían crudas épocas de conservadores y el abuso, el fraude y la violencia eran moneda corriente; la brava, sobornable y viciosa policía santafesina hacía de las suyas; el atropello y el mal trato se ensañaban más aún con los peones temporarios que iban de otras provincias a levantar las cosechas

En otra ocasión, grande fue el sinsabor amargo de la estafa cuando al terminar la contrata un oscuro capataz de los últimos días les indicó que en los escritorios de la firma, en Teodolina, les pagarían lo trabajado en la semana, pero al llegar al pueblo nadie tenía noticias de tales escritorios. La policía se desentendió no queriendo tomar denuncia alguna y, por el contrario, el Sargento encargado, con prepotencia y aires de inquisición, comenzó a hacer averiguaciones de quiénes eran, de dónde venían y si tenían noticias de un cuatrero y de unos pillajes recientes... Cuando pudieron retirarse del destacamento policial, más que perder el tiempo en hacer denuncias y pleitar, que no era posible ni costumbre, había que andar rápido para ganar turno en el próximo conchabo; así, el episodio pasó al olvido.

Era tarde de sábado, buen día para llegar a su pueblo. Ya había resuelto dejar para el domingo los reencuentros y las visitas, especialmente una. Apenas si había tenido tiempo de enterarse, de paso por el boliche, de los asaltos cometidos en los últimos tiempos, que el tranquilo vecindario atribuía a que andaba mucha gente de afuera sin trabajo.

Las últimas claridades del día le habían permitido tan sólo saborear un ligero churrasco y armar en el patio, entre la bomba y la pieza y cocina de hombre solo, el viejo catre de madera y lona que no formaba parte del mono en sus largas andanzas de cosecha en cosecha.

Su inseparable compañía desde hacía tres campañas era su perro, diminuto y movedizo, producto de encimadas cruzas vagabundas, al que había bautizado simplemente "cuzco". Cuántas veces mientras él deschalaba a lezna largas jornadas de sol, el cuzco ratoneaba en el rastrojo o lo esperaba junto al mono en el campamento o a la sombra de la troja. Ahora, solos, ya estaban en su casa.

La luna llena había comenzado a subir e iluminar rápidamente la noche calurosa y mansa que era propicia para el sueño profundo que el gringo necesitaba para reparar tanto cansancio.

Hondamente sumergido en el primer sueño fue despertado sigilosamente por los extraños gruñidos que casi al oído le hacieban el cuzco, contrariando su porfiada costumbre de ladear y ladear ante el más imperceptible ruido de la noche. Cuando tuvo bien abiertos los ojos vio al costado de su catre una alargada sombra humana que desde atrás de la cabecera la luna se encargaba de denunciar nítidamente en el suelo.

Simulando no haber despertado, se da vuelta en el catre hasta quedar boca abajo, pulsa su metalizado "Smith Wesson" debajo de la almohada, le da el frente a la figura, que queda paralizada, y la observa inmóvil.

Los relumbres parciales del arma mal oculta, que alcanzan quizás, a filtrarse por la luz de la luna, más el característico ruido seco del gatillo accionado, seguramente, pusieron límite al trance.

La providencia, siempre aliada a los hombres de trabajo, unida a la milagrosa e inexplicable actitud del cuzco, impidieron que esa noche el manso pero resuelto Gringo Adamis se desgraciara o pasara a mejor vida.

Quien seguramente pretendía arrebatarle a cualquier precio los escondidos atados, comenzó a dar pasos sigilosos hacia atrás, sin darse vuelta, y los frondosos tamariscos que rodeaban el amplio claro del patio le cubrieron su forzosa retirada.

El Gringo Adamis, sentado en el borde, pensativo, fumó serenamente su último armado del día, acarició al cuzco con mano grata y volvió a tirarse al fondo del catre para despertar renovado con las primeras claridades del domingo.

# EL TACHERO DE ELORDI

El tachero del pueblo era un tipo raro. Callaba más de lo que hablaba, no precisamente por prudencia.

Cuando hablaba no miraba a los ojos y esquivaba siempre la mirada del otro.

Era indiferente y no se le conocían afectos.

Su entrañable oficio de soldar cacerolas y recipientes de cocina, fuentones, tanques de calentadores y alcuzas, con tanta intimidad doméstica en otras manos, en las suyas era distante y frío.

Con el único con quien se juntaba era con el enterrador, personaje inconciliable para todos, y la gente suponía que se unían porque eran parecidos.

Los que más acudían a él eran los tamberos de la zona, porque el suero carcomía y terminaba desfondando los tachos lecheros; y la aleación del metal que tenían no hacía fácil su arreglo a cualquiera.

Él era el único tachero en toda la región que lo lograba con secreta maestría. Era carero, pero no había más remedio que caer en sus manos.

Al gringo Carli, el recibidor, que manipulaba los tachos para volcar la leche en la tolva, en la cremería de Tolosa, no se le podía ni hablar del tachero.

El gringo Carli, era un viejo solterón, sin familia, muy bizco y muy amarrete, y como era chismoso y algo intrigante, no se le prestaba demasiada atención a sus dichos, y menos cuando desde su enojo sin causa aparente con el tachero, sentenciaba “ma, a ése, un día de estos, le va a llegar su sanmartín”.

Venía siendo común para la gente del pueblo que de vez en cuando faltara en el cementerio alguna cruz o, en algunos casos, cuando la cruz estaba, curiosamente le faltaba el chapón del centro con la leyenda del difunto.

Ante algún reclamo, el supulturero –o enterrador, como le llamaban todos para hacerle más patético su oficio–, un tanto fastidiado, lo atribuía a manos de muchachones dañinos que siempre incursionaban haciendo gracias pesadas en el descampado cementerio.

Un día como tantos, justamente a Manolo Pereyra, el tambero de Tolosa, lavando los tachos en la plataforma de la Cremería, le tocó

en suerte descubrir, en el fondo de uno de los reparados, la leyenda:  
"Q.e.p.d. Atilio Castro - 10 de octubre de 1936"

Corrió la voz y todos entraron a verificar en el fondo de sus tachos recortados leyendas de difuntos conocidos y hasta de parientes...

Como no había policía por entonces en Elordi, algunos se encargaron del escarmiento y luego los echaron del pueblo.

## TRES RELATOS DEL OESTE PAMPEANO

# EL SACRIFICO DE NAVIDAD

La tarde de aquel 24 de diciembre se había detenido perezosa y láguida sobre el puesto El Boitano, allá en el rincón noroeste de Chicalcó, La Pampa.

El rigor sin mengua del verano sobre el paisaje pobre había dejado exhaustas las horas ese día. El abatimiento comenzaba a aflojar para dar lugar a los preparativos de nochebuena.

Cochengo y Maruca, con sus hijos, parecen vivir con un respeto casi místico por los ritmos de la naturaleza y sus caprichos. "Aquí la naturaleza manda" acostumbra sentenciar Cochengo y, desde esa advertencia, se ordena la vida de los Miranda.

Por eso ellos son de andar lento, de hablar bajo y poco. El apuro, el tono subido y las palabras fuertes no habitan en ese paisaje bajo y ralo. Jamás se les escucharán juicios severos, opiniones terminantes.

Es cierto: allí, en esas soledades y distancias, las cosas son como son y no de otro modo. No llegan las buenas cosas que serían de desear de la ciudad y los gobiernos, pero tampoco llegan por suerte las malas costumbres, las discordias y las perturbaciones del confundido mundo urbano.

Disponen de todo el tiempo necesario para hacer las cosas, y las realizan con detenida contracción, "poniendo todo el pensamiento en lo que están haciendo" como siempre los alecciona Cochengo a sus cachorros.

En ese paisaje desértico de jarilla, alpataco, piquillín, jume, chilladora, sulupe, tomillo, zampa y llaullín lo que domina es el espacio. Insondable, horizontal.

Y allí viven los Miranda, los Vázquez, los Domínguez, los Paradas, los Salinas y tantos otros ... Viven del lado del infinito! Después del horizonte. En una geografía ilímite, donde La Pampa se desvanece. Hay que cruzar la travesía para llegar a ellos! Para la historia del lugar, para ese mundo y para la vida que a uno lo acoge mansamente y lo gana después de varios días, La Pampa comienza allí. La Pampa es ésa. Lo demás está lejos...

Sus abuelos, sus padres y ellos mismos, han sido los conquistadores de esas soledades. Los colonizadores de aquella

geografía del silencio... y le han ganado la porfía, instalando en el lugar una historia; cotidiana, pequeña, ignota para la historia oficial o urbana pero honda y rica en sucesos humanos, humildemente heroica en luchas cotidianas contra la adversidad y admirable en la costumbre a sufrimientos y penurias. Para el concierto del mundo incorporaron este espacio habitado por el hombre, aunque importe a pocos, aunque no se sepa. A ellos les tocó allí y allí serán la sal y el calcio después de ser la luz, como lo manda la Creación.

En esa dimensión tienen una noción distinta del tiempo. Porque allí el tiempo transcurre de un modo diferente. Seguramente que ése debe ser el verdadero ritmo del tiempo, el de la naturaleza! Si piensan ir a lo de Leoncio Salinas para visitarlo y tratar algunos asuntos, será uno de estos días, cuando bajen al agua los caballos. Y los caballos no bajarán al agua mientras persista la neblina porque los pastos mojados les calman la sed...

Pero esa nochebuena se quedarán en casa para esperar con recogimiento la llegada del Niño Jesús y compartir en callada alegría con el amigo que ha venido a visitarlos.

Maruca dirige todo y los demás ayudan cuidando que no falte detalle. Si hasta el recién llegado pone manos a la obra, contagiado.

Cochengo se encargará de carnear el chivo y de asarlo al horno de barro que sus propias manos construyeron. Enfila para el corral y luego de elegirlo detenida y sabiamente, de allá lo trae alzado.

Lo tiende en el piso, donde previamente cavó un hoyo de apenas dos punteadas, poniendo la garganta del animal justo al borde para verter la sangre desollada.

Con abstraída contrición, casi místico, olvidado del mundo que lo rodea, acaricia enteramente un largo rato al animal pasándole la mano suavemente como sobándolo para amansarlo. El animal se aquietá y se entrega enternecido como a sabiendas, como una ofrenda; con mansedumbre, como lo hizo El Cordero de Dios. No está atado, no bala y parece adormecerse en una dulce resignación y espera.

Al advertir que yo lo estaba observando con recogimiento, Cochengo me dijo:

-El animalito tiene que morir mansamente y sobre todo éste que es el cordero de navidad. Y agregó: -Uno también debe estar bien para matar, sino no debe hacerlo.

Después de más caricias y silencios, Cochengo, daga en mano, y tanteándole la gargantilla para el veloz y seco acto final, se demoró un instante... parecía ligeramente perturbado...

Súbitamente, como en ruego, reclamó:

-Maruca, venga y hágalo usted porque hoy yo no estoy bien para sacrificar a este animal...

# MARCIAL Y EL PADRILLO OSCURO

En una de las gargantas de la barda, a unos ochenta kilómetros al poniente de Santa Isabel, camino de La Puntilla, en el Departamento Chicalcó de La Pampa, Marcial Vázquez clavó su puesto y allí vive con su mujer y sus hijos desde hace mucho tiempo.

El lugar es profundo y recóndito, en medio del alto y tupido jarillal, pero el rancho está al amparo de ese alero natural, de esa inexplicable terraza que es la barda, tan entrañable para la gente de la comarca, y que tantas cosas iguales y diferentes divide con su desnivel abrupto.

El silencio y el verdor opaco dominan el paisaje y en él, lenta y calladamente, juntando año con año, hizo su poquita hacienda don Marcial: una puntita de chivas moras con dos o tres castrones, una buena junta de yeguarizos, algunos lanares y un buen número de vacunos donde se mezclan vacas madres ya de pocos dientes, machorras, veteranos cuarterones, mamones chicos y grandes y terneritos de días.

Allí la vida sucede casi imperceptible y esconde salvajemente sus escasos colores y sabores: desde aquí está lejos, es cierto, y hay que recorrer una larga travesía para llegar. Después de un tiempo, el paisaje lo amansa y uno empieza a entenderlo y sentirse del lugar.

Marcial, recio y callado, como la mayoría de allí. Como el paisaje, con su grave aridez al ras, pero cavando hondo el agua está. Hombre y paisaje graníticos, pardos, esquivos pero no impenetrables. Calarlos para intimar, lleva su tiempo; hay que ganarlos. Casi el mismo que lleva cavar los jagüeles profundos, hasta más de 100 metros, atravesando capas y capas rocosas, de piedra mora, a puro brazo, pico y pala, lazo y pelota de cuero para vaciar los escombros, hasta obtener el agua vitalicia.

Son las dos de la tarde y el verano aprieta sin tregua. Mientras esperamos el almuerzo, consabido chivito al asador que en un santiamén plantó Marcial, conversamos lentamente y observamos el estado del ganado amontonado y exhausto en la aguada de los corrales.

Capitaneando una manada de yeguas y potrillos viene el padrillo oscuro. Oscuro total, brilloso, con las crines largas que agita al viento, como un fino poncho, en cada escarceo.

Se abre paso majestuoso, imperial y arrogante; remolinea las yeguas, las amontona, apura en la retaguardia a los más lerdos evitando la dispersión y de allá vuelve a carrera suelta para hacer avances y despejar el camino de peligros. (-Las viene arriando, dice Marcial) Se encabrita, relincha y escarcea y se espiga acerado en abalanzos de ensayo; a medida que se va acercando a la aguada pega unas fuertes embestidas contra los viejos matungos y las vacas echadas irrumpiendo el reposo rumiante y somnoliento de las bestias. No quedan ni los chimangos, a los que también corre cuando los ve sobre los postes.

Llega al bebedero, prueba el agua y vuelve por su cortejo. Las yeguas sacian su sed y él merodea vigilante no dejando acercar a nadie.

...

-¿Viste lo que hizo?, le digo a Marcial.

-Es una familia, me contesta. Lleva ocho años con las yeguas y son todos hijos de él. No hay puma que le coma un potrillo! y eso es mucho decir. ¡Es muy responsable!, concluyó.

-¿Es chúcaro?

-Sí, pero no es salvaje, acepta el corral.

Mi admiración silenciosa encuentra en el sabio de Marcial lo sorprendente:

-Lo que pasa, me dijo, es que aquí no hay escuela y Dios pone la naturaleza ante nuestros ojos para que uno aprenda...

## EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

El puesto de los Barrientos es el más cercano al puesto "El Valle Lindo" de don Agustín Olivera, allá en el extremo noroeste de Chicalcó, La Pampa. De todos modos, una distancia de 7 kilómetros los separa.

Los Barrientos son muy especiales. Se diferencian del resto de los pobladores porque ellos no trabajan. No hacen mejoras, no tienen ganado, no crían chivas. Tienen apenas los caballos de montar, unos charcos flacos en cautiverio, un zorro de pelo descolorido atado a una estaca y muchos perros, la mayoría galgos avestruceros.

Son varios hermanos, ya grandes, algunos casados y con hijos. Han quedado a vivir todos juntos ocupando el rancho que antaño levantaran sus padres.

El de ellos es campo fisco, sin dueño, como allá le llaman, y ellos sus ocupantes: puesteros. Visto desde la ciudad, el campo: fiscal y ellos: intrusos; pero esa distinción no existe en el Oeste.

El rancho de chorizos ha cedido por los cuatro costados y, cada vez más bajito, pareciera querer tragárselo la tierra hasta terminar con sus días confundiendo su agreste figura con el suelo polvoriento y árido.

Ellos no arreglan nada. Apenas apuntalan algún rincón del alero, de cuyos enclenques tirantes cuelgan negros y cenizosos charquis o reemplazan un paño de pared volteada con algún cuero de vacuno o yeguarizo.

Para los vecinos de la comarca no parecieran ser mala gente, a juzgar por cierto aprecio del que gozan. Todos saben cómo son y así los aceptan y los tratan... Los sienten parte y jamás dejarían de invitarlos para los acontecimientos de cada pago: yerras, casamientos, bautismos, cumpleaños.

El que más los trata es don Agustín, que a veces hasta logra que alguno de ellos le ayude en aquellos preparativos o en algún arreo o trabajo de emergencia. Agustín, como la mayoría de allí, es manso y con su sentido profundo de las cosas. Obra con natural observancia. Es un hombre bueno, muy bueno, y su bondad lo hace casi siempre sabio.

Allí, el que más el que menos le pone el lomo sin revés a la porfía de ir tirando, tratando de apuntalar las cosas para un destino mejor.

.....

-¿Y de qué viven los Barrientos? -le pregunté a Agustín aquella tarde mientras despostaba una ternera de su crianza y los demás metíamos mano.

-Y... ellos son muy buenos avestruceros -me contestó a medias.

-Por qué no le decís que carnean de los nuestros... le replicó su hijo mayor desde la otra punta del catre de carnear.

-Y... si, también, -consistió Agustín- pero cuántas veces devuelven la manada que llega a cruzar la ruta y ustedes no salen a campear...

-Pero siempre se pierden en el camino uno o dos bichos -le retrucó de nuevo el hijo.

-Y... si, pero nos recuperan el resto.

-Y usted, ¿nunca les dijo nada? -lo exijo en la conversación.

-Nooo! -me contestó con un no extendido y tono sagrado-. No tendrían de qué vivir y tienen chicos chicos. Además, son los vecinos más cercanos y con ellos nos tenemos que encontrar en las buenas y en las malas.

....

## AURELIO, “EL CICLISTA”

El Aurelio era un personaje de la pequeña ciudad. Se lo encontraba a cualquier hora, en cualquier esquina haciendo mandados con su vieja pero muy bien cuidada bicicleta; de tipo inglesa, con frenos a varilla y con todos los accesorios, le había montado sobre el portaequipaje un reforzado canastillo para llevar los paquetes menores de las tiendas y los negocios del centro.

Los domingos y feriados, sin canastillo, “La inglesa” lucía resplandeciente. Y allá con ella: a la cancha, al biógrafo, a hacer visitas o a la iglesia, donde cumplía, funciones muy especiales.

Por entonces la bicicleta era un vehículo desacostumbrado y sin prestigio social –en un ambiente de ciudad engréido y recargado, precisamente, de prestigios– pero el Aurelio ignoraba todas esas cuestiones. Él había aprendido a querer y cuidar la bicicleta cuando niño y nunca más se había separado de ella. Al contrario, le consagraba un celo obsesivo y se lo veía los domingos limpiando, bruñiendo y ajustando pieza por pieza, meticulosamente.

La había heredado de su padre: un inmigrante italiano de posguerra, solitario, envejecido y callado que un azaroso día de exilio, allá por el diecisiete –como neblinosamente lo recordaban los más viejos– había recalado en lo que era por entonces una aldea con un desamparado niño a cuestas prendido de sus pantalones como única compañía. Aunque éstos confines lo pusieron lejos y a resguardo del conflicto, cuando ya había participado de lo peor, jamás pudo superar los implacables tormentos y pesadillas de ex-combatiente. Fue desde entonces el herrero del pueblo... y en la fragua y la bigornia, rudamente y a veces parecía hasta con rabia, quizás imaginara forjar al rojo vivo los sueños mutilados atrozmente en su juventud allá en El Marne, Caporetto, Los Pirineos y otros tantos escenarios de dolor y muerte.

Así era: “la inglesa” había sido de Aurelio padre, “El gringo”, y había quedado como única herencia para nuestro Aurelio.

Cómo no comprender entonces que le prodigara un cuidado sacro si esa bicicleta era, en su soledad y desmemoria, la única referencia y representación concreta de su fracturada historia personal que no podía, que no sabía contar...

reaseguro, quedaba al descubierto por la forma en que retenía el recado y repetía el intento de entregarlo con hábiles esfugios hasta encontrar el momento justo y el lugar exacto que garantizaran la indemnidad del contenido y de sus partícipes. Su natural hermetismo impedía que cualquiera, aún sus más influyentes empleadores, intentara saber sobre los destinos o itinerarios cotidianos o procurara avanzar sobre su privacidad o sus silencios que atesoraba impertérito y pétreo como verdaderos "secretos de profesión".

No confundía etiquetas ni membrete y reconocía de sobra la letra del verdadero remitente. Con natural intuición adivinaba la índole subrepticia de un vínculo y, aunque callara, él descubría el sentido muchas veces furtivo, malicioso o cifrado de los mensajes que llevaba y traía con recato. De su cara lavada, lamiña y pálida jamás se desprendería un gesto suspicaz o cómplice. Y así, el Aurelio, sin quererlo, quizás, alivianaba las cosas entre las partes quitándole evidencia y dejándolas sin efectos aparentes o ulterioridades comprometedoras. Muchas de ellas -de salir a la luz- habrían equivalido a abrir las puertas del mismísimo infierno lugareño, mientras que por su obra y gracia todo quedaba diluido en hechos ingravidos, improbables, inexistentes, en una suerte de disipada y bienaventurada levedad que no dañaba para nada la buena reputación de muchos y las mejores costumbres de una sociedad que se cuidaba de mostrar con especial celo la mejor imagen. De ese modo el Aurelio ayudaba a todos a dormir en paz con la conciencia, al menos con la conciencia de todos que suele ser la más fácil de tranquilizar.

En esa templada atmósfera de sobrentendidos y de indulgencias mutuas, de límites difusos y de auspiciosos enlaces, las rarezas del Aurelio eran minucias que ponían apenas una candorosa nota de color en la vida de la ciudad, que desde siempre las había asumido como propias, aún con sus excentricidades, porque el Aurelio era irremediablemente parte de su folklore.

Pero eso de andar tanto con el Cura... a más de uno le daba apuro y hasta temor el suponer que ambos hablaran demasiado y se cruzaran comentarios de cuestiones recogidas en el transpirar con los recados y en el confesionario. ¿No había un vínculo demasiado estrecho entre la mundana vida del Aurelio y la misión confesional del

## LEONOR Y SILVERIO

Era difícil que Leonor y Silverio hicieran un balance de sus dieciocho años de matrimonio. No entraña en sus cálculos analizar lo vivido. Es más, nunca se les habría ocurrido que la vida vivida pudiera ser objeto de examen. Sólo hablaban con algún detenimiento de los sucedidos, las personas y las cosas del día, de los últimos días o, en todo caso, de un año atrás, no más. Luego, todo pasaba al pasado.

Vivir, para ellos, ya era bastante. A Leonor le gustaba repetir su sentenciosa advertencia de que "vivir no es para cualquiera". Su resignación a la suerte que les había tocado, aceptando el mundo tal cual lo fueron recibiendo, les fue moldeando el pensar a cómo vivían. Descartaban la posibilidad de un mundo en el que se pudiera vivir de acuerdo con lo que se pensara. En general, todo quedaba en su lugar. Como estaba. O como había sucedido.

Con estos sobrentendidos, ellos hacían más o menos llevadera su vida en común. Si las cosas sucedían así, era porque así tenían que suceder, y en esto Leonor era irreductible. Mientras que para ella el destino disponía que indefectiblemente las cosas fueran como eran o como sucedían, para Silverio no siempre todo era tan determinado: aunque concluyera cediendo ante la inflexible Leonor, un delgado hilo de descontento –a veces no tan fino– le infiltraba los huesos por tener que aceptar resignado ese "así" de las cosas. Concluía, al fin, achacándole amargamente a Dios el haberse tomado tan poco tiempo para ordenar el mundo de ese modo.

Siempre presente el ejemplo de los padres de Leonor –con quienes habían vivido mucho tiempo en su casa– que más que vivir duraron. "Basta la salud" repetía Leonor, mientras estaba segura de que demasiado se encargaban ya las desgracias familiares de demostrar lo contrario.

Silverio, como siempre, con sus trabajos rústicos, riesgosos y mal pagos, en esas sorprendentes alturas de andamios, sogas y sillas. Había visto caer a muchos compañeros; y él mismo había sufrido varios accidentes menores con secuelas que ya habían empezado a aparecerle a la hora de medir sus fuerzas y su agilidad ante edificios cada vez más altos y a los que, con su oficio de sillero, les "hacía" el frente y los laterales rasqueteando, lavando o pintando. Cuando en su

Sin familia, vivía solo en una de las numerosas piezas del viejo inquilinato frente a la estación del ferrocarril. De cuerpo diminuto, muy delgado, de rostro lampiño y paliducho, de pocos rasgos y escasos gestos. Toda su expresión se concentraba en sus ojos: medianos, mansos, profundos y penosos. Un aire candoroso y beato patentizaba en su figura un innegable estado de gracia. Los que conocían muy bien su orfandad sabían leerla en el fondo de su mirada. No había ido a la escuela y apenas si sabía deletrear. Desde niño cargaba sobre sus hombros ya encorvados una incurable inocencia que todos piadosamente olvidaban.

De andar chaplinesco, casi patizambo, trajinaba todo el día con impecable ropa limpia: una vieja gorra visera desteñida, una camisita descolorida de cuello raído, una tricota pardusca, un mameluco de grafa que había sido azul y el infaltable y prieto broche de madera de tender ropa ciñendo en puño la ancha botamanga derecha para evitar enredarla en la cadena. Los domingos y fiestas patrias el broche lucía infalible pero sobre un blanco pantalón de brin.

El Aurelio era querido por todos pero para algunos no del todo confiable ni le aceptaban por igual sus rarezas, que las tenía. Sí lo era para el Cura, con quien pasaba largas horas de plática, contrariando su invariable retraimiento y a quien le ayudaba en todo y con particular unción en aquellos actos de contrición y recogimiento. La Iglesia, al fin, era su hogar más estable. Justamente por eso, todos sentían por él un velado respeto, cierta aprehensión, cierto recelo ya que al Aurelio el que más el que menos lo había tenido y lo tendría infalible en algún momento grave o trascendente de su vida: ayudándole al Cura como sacristán en misa, en los bautismos, los casamientos, las extremaunciones o... doblando las campanas funerarias. Entre tantas bromas pueblerinas que aludían al Aurelio, había una que sentenciaba. "a fulano cualquier día el Aurelio le dobla las campanas".

Con su inseparable bicicleta, el Aurelio llevaba desde minúsculos dijes quinceañeros, ramitos de comunión, souvenires y participaciones; remedios, cartas personales o mensajes breves siempre escritos y a veces codificados... hasta obsequios valiosos de comerciantes y profesionales a los domicilios del Intendente y el Comisario; todo se le encomendaba sin mayores explicaciones, salvo cuando se le encarecía que la entrega debía ser estrictamente personal y privada, cosa que él cumplía con insuperable cautela. Para los

involucrados en estos casos, la no inocencia de Aurelio, que era su reaseguro, quedaba al descubierto por la forma en que retenía el recado y repetía el intento de entregarlo con hábiles esfugios hasta encontrar el momento justo y el lugar exacto que garantizaran la indemnidad del contenido y de sus partícipes. Su natural hermetismo impedía que cualquiera, aún sus más influyentes empleadores, intentara saber sobre los destinos o itinerarios cotidianos o procurara avanzar sobre su privacidad o sus silencios que atesoraba impertérito y pétreo como verdaderos "secretos de profesión".

No confundía etiquetas ni membretes y reconocía de sobra la letra del verdadero remitente. Con natural intuición adivinaba la índole subrepticia de un vínculo y, aunque callara, él descubría el sentido muchas veces furtivo, malicioso o cifrado de los mensajes que llevaba y traía con recato. De su cara lavada, lampiña y pálida jamás se desprendería un gesto suspicaz o cómplice. Y así, el Aurelio, sin quererlo, quizás, alivianaba las cosas entre las partes quitándole evidencia y dejándolas sin efectos aparentes o ulterioridades comprometedoras. Muchas de ellas –de salir a la luz– habrían equivalido a abrir las puertas del mismísimo infierno lugareño, mientras que por su obra y gracia todo quedaba diluido en hechos ingravidos, improbables, inexistentes, en una suerte de disipada y bienaventurada levedad que no dañaba para nada la buena reputación de muchos y las mejores costumbres de una sociedad que se cuidaba de mostrar con especial celo la mejor imagen. De ese modo el Aurelio ayudaba a todos a dormir en paz con la conciencia, al menos con la conciencia de todos que suele ser la más fácil de tranquilizar.

En esa templada atmósfera de sobrentendidos y de indulgencias mutuas, de límites difusos y de auspiciosos enlaces, las rarezas del Aurelio eran minucias que ponían apenas una candorosa nota de color en la vida de la ciudad, que desde siempre las había asumido como propias, aún con sus excentricidades, porque el Aurelio era irremediablemente parte de su folklore.

Pero eso de andar tanto con el Cura... a más de uno le daba apuro y hasta temor el suponer que ambos hablaran demasiado y se cruzaran comentarios de cuestiones recogidas en el transpirar con los recados y en el confesionario. ¿No había un vínculo demasiado estrecho entre la mundana vida del Aurelio y la misión confesional del

Sacerdote...? ¿O ese vínculo era, al fin, un aliviador purgatorio en el que todo se lavaba y diluía?

...Para las vísperas de las fiestas el Aurelio no era del todo eficiente; se volvía lento frente al cúmulo de pedidos, regalos y mensajes provocando retrasos reprochables y enojos airados. Cuando todo andaba bien el Aurelio era el Aurelio pero cuando los ánimos se caldeaban era, peyorativamente "el ciclista" o cruelmente "el loco de la bicicleta".

Es que... en su largo y cotidiano deambular por la ciudad llevando los encargues y en sus salidas del domingo, el Aurelio no iba EN la bicicleta sino CON la bicicleta, llevándola de tiro, del manubrio, y caminando a su costado. Jamás alguien lo vio andar en ella.

El pobre inocente del Aurelio, desde chico, se fue agarrando una creciente y enfermiza obsesión: la bicicleta, pero por sus limitaciones nunca pudo aprender a andar en ella...!

El tiempo pasó y el Aurelio, viejito, fue a parar al Asilo y hasta el último día, en su pieza, le dejaron tener la bicicleta...

## LEONOR Y SILVERIO

Era difícil que Leonor y Silverio hicieran un balance de sus dieciocho años de matrimonio. No entraña en sus cálculos analizar lo vivido. Es más, nunca se les habría ocurrido que la vida vivida pudiera ser objeto de examen. Sólo hablaban con algún detenimiento de los sucedidos, las personas y las cosas del día, de los últimos días o, en todo caso, de un año atrás, no más. Luego, todo pasaba al pasado.

Vivir, para ellos, ya era bastante. A Leonor le gustaba repetir su sentenciosa advertencia de que "vivir no es para cualquiera". Su resignación a la suerte que les había tocado, aceptando el mundo tal cual lo fueron recibiendo, les fue moldeando el pensar a cómo vivían. Descartaban la posibilidad de un mundo en el que se pudiera vivir de acuerdo con lo que se pensara. En general, todo quedaba en su lugar. Como estaba. O como había sucedido.

Con estos sobrentendidos, ellos hacían más o menos llevadera su vida en común. Si las cosas sucedían así, era porque así tenían que suceder, y en esto Leonor era irreductible. Mientras que para ella el destino disponía que indefectiblemente las cosas fueran como eran o como sucedían, para Silverio no siempre todo era tan determinado: aunque concluyera cediendo ante la inflexible Leonor, un delgado hilo de descontento –a veces no tan fino– le infiltraba los huesos por tener que aceptar resignado ese "así" de las cosas. Concluía, al fin, achacándole amargamente a Dios el haberse tomado tan poco tiempo para ordenar el mundo de ese modo.

Siempre presente el ejemplo de los padres de Leonor –con quienes habían vivido mucho tiempo en su casa– que más que vivir duraron. "Basta la salud" repetía Leonor, mientras estaba segura de que demasiado se encargaban ya las desgracias familiares de demostrar lo contrario.

Silverio, como siempre, con sus trabajos rústicos, riesgosos y mal pagos, en esas sorprendentes alturas de andamios, sogas y sillas. Había visto caer a muchos compañeros; y él mismo había sufrido varios accidentes menores con secuelas que ya habían empezado a aparecerle a la hora de medir sus fuerzas y su agilidad ante edificios cada vez más altos y a los que, con su oficio de sillero, les "hacía" el frente y los laterales rasqueteando, lavando o pintando. Cuando en su

juventud tomaba a su trabajo como a una desafiante aventura y con intrépido y festivo empeño cumplía las horas silvando, ya hacía tiempo que todo carecía de sentido y se le estaba volviendo un verdadero y vano riesgo al que después de pesadas horas terminaba sorteando con la inigualable baquía que le habían dado los años. Pero no se quejaba.

A la inseguridad y el riesgo físico de trabajar en sillas o a horcajadas sobre ameses pendientes de sogas y toldanas prendidas, a su vez de al fin precarias crucetas clavadas en las terrazas, se le sumaba una suerte de miedo latente que le calaba los huesos sumiéndolo en una fuerte propensión a sumergirse y acabar fundido abismalmente en ese mismo miedo. Había empezado a sentir miedo del miedo.

Experimentaba la extraña sensación de que una sutil telaraña lo iba envolviendo y atándole los brazos y las piernas, menguándole el ánimo y las fuerzas, no sólo en las oscilantes alturas sino también en las horas de pisar tierra firme. Estaba convencido de que su vida se parecía, cada vez más, patética e irremediablemente, a su oficio: pendiente, pendulante, inestable, colgada de riendas endeble y sin nada abajo. Tormentosas pesadillas mientras dormía le hacían repetir las jornadas en las obras, en el filo de las comisas, en las puntas de las chimeneas: o, de pronto, todo era reemplazado por altas cumbres y precipicios insondables: pero siempre-siempre el vacío abismal debajo suyo y muchas veces algo zafaba y él caía como un peso muerto al espacio interminable batiéndose ferozmente con la muerte hasta que la vencia despertándose envuelto en sudor y sobresalto. No lo contaba, y menos a su mujer. A él le había tocado ese oficio, ésa era su vida. Su mujer se lo había repetido siempre y si él se lo comentaba sólo encontraría el desdén de una mirada o de un ligero visaje de extrañeza, no más. Nunca hubiera esperado pasar por ese trance tan parecido a un final. Como si el destino le hubiera tendido una emboscada, como si hubiese recorrido alegre e incautamente el camino de su vida para terminar en una encerrona que le tenía preparada el sinsentido. La rigidez acerada de su mujer le hacía de contención y de barrera infranqueable, empujándolo a seguir.

La fuerza de vivir contra viento y marea la ejercía Leonor: como una consigna, sin preguntas. Herencia de su madre española, de Soria. De aquel pequeño y viejo pueblo –entonces pueblo de viejos– junto al Duero, donde sus pobladores ya habían aceptado desde

siempre que allí estaban sólo para cumplir con un destino (aunque no fuera precisamente el de cada uno) sin aventurar un cambio, sin buscar otra vida y mucho menos romper su arraigo o traicionar a su tierra intentando otros horizontes. Empecinados en quedarse, hasta el final (en eso sí, el de cada uno) lo tomaban con un raro y mordaz humor haciendo incluso una especie de juego y disputa risueña sobre quién despedía a quién, y cada vez eran menos, sin procreo y sin más expectativas que terminar uno tras otro con los huesos en el antiguo cementerio que para entonces ya estaba más poblado que la aldea.

Algún azar incierto y los surgentes de su sangre joven empujaron a la que después fuera madre de Leonor a encontrar a tiempo los caminos que la trajeron a América... y zafó. Y en el carácter de la joven soriana también zarpó la impronta de aquel fatalismo lugareño, que resistiendo el paso generacional se filtró en el torrente sanguíneo de su hija Leonor.

Leonor no hacía uso ostensible de su carácter, más bien todo lo contrario. Había impuesto, desde siempre, los sobreentendidos de sus gestos; y la dureza de su voluntad y de su temple era transmitida al ánimo de Silverio y de los hijos de modo testimonial e inquebrantable. Como una nave insigne, lograba que el devenir de la familia se orientara necesariamente en un rumbo, y cualesquiera fueran las ríspidas aguas que les tocara en suerte, todo parecía indicar que ése era el único derrotero. Las desdichas, los contratiempos y los accidentes del andar concluían generalmente galvanizados por sus densos silencios y su férrea porfía de remar para adelante. Cuando algo tocaba límite epilogaba con una reflexión filosa o una palabra cortante. Las más de las veces dejaba que el curso del tiempo y de los hechos se encargaran de demostrar, a veces demasiado encarecidamente, que sus vaticinios y advertencias se cumplían inexorables. Poseía una oculta y rara intuición para percibir, casi como una adivinación, el devenir cierto de las cosas. Era como un astro, aunque opaco y áspero, sobre el que un pequeño mundo giraba gravitacionalmente a su alrededor.

A tres de los siete hijos que habían traído al mundo, se los había reclamado el destino en distintas circunstancias y edad.

Vivían en una soberana indiferencia respecto del mundo que los rodeaba. Sus penurias crónicas no aumentaban ni disminuían ante las crisis que unos denunciaban y otros prometían resolver. No recordaban haber vivido mejor y tampoco lo esperaban. Su costumbre

en la pobreza los hacía desinteresados y, de algún modo, libres, al menos libres de no depender de promesas que inveteradamente no se cumplían, como se encargaba de demostrarlo el paso del tiempo.

...  
En los últimos cinco años, un sesgo distinto hizo variar el orden de la familia. Silverio cambió varias veces de empleo. Su inestabilidad laboral ha coincidido sugestivamente con su propia inestabilidad personal. Su carácter se tornó cambiante e inconsistente y más de una vez el titubeo y la flojera en un gesto lo han dejado al descubierto ante su propia familia.

El cambio se vino dando lentamente, casi imperceptible, operándose modificaciones físicas que nadie mejor que Leonor, tempranamente, reconoció, pero calló: la pigmentación sanguínea de su tez, el brillo vidrioso de sus ojos, un ligero y esporádico escamado en la piel de sus manos y pies, una liviana gordura líquida, la tos... Y esas frecuencias alternas de euforia y desánimo, ademanes rápidos y excitados que apaga mecánicamente cruzando los brazos o tomándose las manos para evitar que se note un ligero temblor. Gestos sorpresivos y precipitados evidencian una oculta vigilia y un estar pendiente de cada momento para no llegar a destiempo o quedar en falta a la primera voz o mirada requeriente. Ese esmero por querer tener un comportamiento natural y espontáneo nunca alcanza a encubrir sus movimientos torpes, inarmónicos y febres... Y esa sed...! Ha sufrido descomposturas atroces. Ha dormido muy poco y dormido mal. Ha madrugado mucho, cuando no ha sido insomnio.

Todo comenzó cuando se le dio por agregarle ginebra al mate de la mañana para sacarse el frío en el invierno y darse el coraje que ya le flaqueaba para esas temerarias alturas de su oficio, pero lo atrapó el hábito y, furtivamente, como a hurtadillas, se fue haciendo un dependiente. Comenzó a tener otras juntas y frequentaciones.

El desajuste sumergió a la familia, principalmente a los hijos, en el desánimo y la ausencia de motivación. Los días y las cosas se agrisaron más aún. Durante un denso y pesado tiempo vivieron en la penumbra de la aridez y el sinsentido, tan parecido a la desesperanza que no atinaban a creer que un horizonte de claridad fuera posible.

Una mañana, que después resultó distinta, Leonor dejó caer, como una guillotina, el basta de un corto y fulminante reproche.

A los pocos días, Silverio, sintiéndose mitad vencido, mitad avergonzado, ante los propios ojos de Leonor, y como arrancando el mal de cuajo, derramó a sacudones en la pileta de lavar casi un cuarto del alcohol que le quedaba en el porrón. Leonor lo miró en silencio con ojos profundos que parecían, por primera vez, compasivos, levantó las cejas en un gesto grave y relativo, dio media vuelta y se marchó a hacer sus cosas.

Sobrevinieron lentos reencuentros y rescates, y casi todo pareció volver a la normalidad. Silverio, no sin extraños trastornos, cumplió religiosamente con la promesa de aquella mañana de desagravio, aunque su ánimo sombrío y cansado parecía agravado.

La desventura tiene siempre sus desquites y, como un naufragio, se cobra siempre lo suyo. No habría pasado un año de aquella redentora jornada cuando la noticia estalló como un frío cristal: sólo a un incrédulo compañero, Silverio le habría advertido minutos antes su irreprimible propensión a dejarse tragarse por el abismo...

Madre e hijos, junto a un reducido grupo de amigos y compañeros de trabajo, despedían en silencio al derribado Silverio, marcándose en el rostro de Leonor, con surcos roturados, ese gesto soriano de aceptación resignada, en la certeza de que de ese modo y no de otro el destino cumple inexorable su ejecución.

## HABLA RAQUEL

Han pasado 10 años de la muerte trágica de mi esposo y aún sigo sintiendo el mismo dolor del primer día. La única diferencia es que en aquellos días de su muerte mi dolor era caótico y confuso. Toda yo envuelta y obnubilada por la estupefacción y el terror encarnados. Hoy, ese dolor es nítido, sin confusiones, depositado en el fondo de mi alma y desde allí corporizándose en una totalidad que me domina sin resuello. No he podido resolver el duelo. Es más, no he querido resolverlo. Lo he asumido como dolor definitivo. Si se me ha cargado esta cruz sobre mis hombros no soy quien para abandonarla en lo que resta de mis días. Cristo no intentó rehuir el calvario y lo aceptó mansamente. Sobre todo una vez que superé la etapa de la culpa. Durante los primeros años viví el desgarrador tormento de una culpa incisiva por haber soñado premonitoriamente la muerte de Alberto, y con tanta minuciosidad como sucedió. Durante ese tiempo he vivido un vía crucis pendular entre el dolor y la culpa. Siendo mucho más importante el dolor es, al menos, más sobrellevable; la culpa aguijonea punzante y carcome el alma conduciendo irremediablemente a una suerte de insomnio demencial. A medida que me familiarizaba pacientemente con el dolor fui comprendiendo que no era del todo responsable de mis sueños y que sus premoniciones me han sido dadas sin mi voluntad, naturalmente, como el dolor mismo y eso aventó la culpa. Al contrario, la premonición, con sus anuncios tan certeros, resultó al fin una generosa facultad que me ha alcanzado el destino para prepararme para lo que vendrá porque los hechos suceden lo mismo con o sin ella. Las posteriores experiencias me han demostrado que la culpa era equívoca porque creía que las cosas sucedían porque yo las soñaba. Hoy, que el tiempo ha transcurrido, convivo serenamente con mi dolor, sin remordimientos. Es más, siento que estoy en paz conmigo, con los demás y con Dios. La tristeza es sólo mía, trato de no contagiarla. La alegría de los demás la vivo fugazmente, me llega y se va, no se queda en mi corazón. Así y todo, sigo pensando que la vida vale la pena y que cada uno tiene el destino marcado. Yo soporto, a mi tiempo, una pequeña parte del sufrimiento repartido que hay y habrá en el mundo. Otros tienen un destino más afortunado, se lo merecerán. La muerte de mi esposo ha sido tan

definitiva que no la puedo corregir siquiera con el olvido. Es superior a él, lo ha vencido en todos sus intentos. Vive instalada definitivamente en mi corazón. El amor, el verdadero amor, es único, excluyente – porque lo incluye todo–; diría irrepetible. No creo que el hombre pueda amar en serio más de una vez. Se ama una sola vez y para siempre o no se ha amado. Eso creo. Veinte años estuvimos juntos amándonos, unas veces apasionadamente y otras de modo sereno y tácito. Los mejores años de nuestra existencia de los veinte a los cuarenta, los compartimos y los luchamos juntos. Procreamos y criamos los hijos y supimos ser felices, que no es poca cosa. Ejercitamos con lucidez una común conciencia crítica de nuestro tiempo, nos comprometimos social y políticamente aportando lo nuestro con entusiasmo y desprendimiento para mejorarlo y crecimos, que tampoco es poca cosa. Muy poco más se puede hacer, salvo las diferencias de grado con aquellos poseídos de estrellas o de mayores talentos, o –si se confunde– con los que creen que sólo se hace algo o se es alguien si se tiene éxito y se es importante y entonces trabajan para la vanidad y el poder. Vivir es grave y, de algún modo, humildemente heroico, lo que en sí mismo resulta esencialmente glorioso. Venimos para cumplir una sola misión. No más. Para amar y sufrir una sola vez. Para vivir y morir una sola vez, de modo irrepetible. La vida es una sola oportunidad. Está en nosotros merecerla y hacerla merecida. Nuestra historia personal no es transferible y es siempre muy poco conocida. Alguien, excepcionalmente alguien, puede llegar a conocerla un poco más, nunca totalmente. El resto, sólo de modo fragmentario, porque nos conocen en lo que somos respecto de ellos. Somos un poco lo que somos respecto de cada uno y lo que somos respecto de los demás, pero sobre todo somos lo que somos respecto de nosotros mismos, y en esa dimensión de mismidad resultamos siempre un enigma, incluso para nosotros mismos. ¿Por eso, quién puede entonces hoy comprender mi dolor si ni siquiera comprendieron ni compartieron a su tiempo mi alegría? No estoy embarcada en un autismo existencial. Tampoco cultivo de modo flagelante mi soledad y mi pena. Sólo vivo y asumo mi individualidad en toda su plenitud y condición y con el peso que ha depositado sobre mí la historia vivida, cuyo peor capítulo epilogal ya sobreviene: después del último y fatídico sueño de hace un año, con su secuencia inexorable, que no dilatará su ejecución, aguardo resignada el desenlace que apagará finalmente la luz y los brillos de los

esplendorosos quince años de Sofía Raquel, mi última hija. El mundo impotente ante el designio. Yo, sin confusión, sin terror y sin culpa, desgarrada, cargaré otra cruz. Hay inexorablemente un tiempo en que el hombre deja de ser lo que quería ser, y potencialmente podía, para ser lo que ha sido, todo lo que pudo. Yo soy lo que fui. Soy mi historia, con los designios que ella eligió para mí. Los días que restan los he consagrado a amar y sufrir calladamente lo que he amado y vivido. Espero ocupar el menor espacio posible...

# EVANGELINO

No era la primera vez que el circo "Los Hermanos Toledo" llegaba a aquella ciudad del oeste bonaerense trayendo novedosas fantasías, curiosidades y extravagancias.

Su fama ya estaba acreditada y la gente concurría masivamente.

Esta vez, el entusiasmo y la atracción fueron especialmente acicateados al anunciar con poderosos altavoces callejeros la exhibición de "El hombre más gordo del mundo", y, como "gancho", el premio de cuatro entradas gratis para la noche estelar del domingo al que acertara su peso.

Era diciembre y el calor apretaba sofocante.

Fue el mundo esas tres noches. Y la función propiamente dicha comenzaba cuando acababa el lento y bochornoso desfile del público que era encolumnado, primero a ver el gordo, y después a acomodarse en sus butacas y en el gallinero.

En uno de los laterales de la carpa se levantaba imponente una especie de regio dosel cuadriforme al que el público ingresaba por medio de una pasarela. Allí dentro, en un ambiente de luz atenuada y sobre una plataforma de madera, alfombrada en rojo y cercada por un vallado de bajas columnas abalastradas y de capitel adornado con volutas, todas unidas con gruesos cordones, entorchados con hilos, borlas y flecos de oro y rojo, de pésimo gusto, recién se podía observar a "el hombre más gordo del mundo".

En el interior de esa especie de palio, con inocultable pretensión de sus hacedores de imitar un trono, lo presentaban sentado en un monumental y rústico sillón de ceremonia de construcción artesanal, barnizado en crudo, con un alto espaldar y apoyabrazos de tablas anchas. De piel oscura, sin pescuezo y manos rellenas casi sin hueco. Macetón, imberbe, con el cabello casi rapado y descalzo, con el torso desnudo, de vellos ralos, y con un bombachón blanco y vaporoso como si estuviera en paños menores, bañado en sudor, el gordo parecía un bebe gigante.

Era una masa inmóvil, grávida, inanimada, con un reposo de mastodonte. Tan imposible describir sus magnitudes como adivinar su peso. Parecía no tener sensibilidad en su piel ya que no advertía una

verdadera colonia de minúsculos fotófilos que pululaban en círculo y se le posaban atraídos por la luz focal de dos spots que lo iluminaban para agigantar más aún su imagen. En ese reducto, el clima ahogaba, no sólo por el amontonamiento y los apretujones de la gente sino porque del cuerpo del gordo emanaba calor y tufo.

Un airoso y ocurrente animador, de figura diminuta, con acento centroamericano, con traje de lentejuelas, camisa blanca con pechera festoneada y cuello duro, con zapatos de taco charolados y un exagerado moño verde, grandilocuente y dicharachero, lo presentaba inflamando el espectáculo. Narraba con fruición y aire de asombro las insuperables performances manducatorias del gordo y, con cierto tono íntimo y malicioso, contaba y sugería algunos hábitos, gustos y debilidades domésticas de Evangelino, que así se llamaba.

Comparaba estadísticas con otros casos renombrados y su número batía ampliamente todos los récords. Tan novedoso era que aún no figuraba en el mundialmente famoso libro Guinness y todo porque en lugar de andar distraayendo tiempo en presentar las pruebas para esa figuración consagratoria, tanto él como la empresa –decían– habían querido primero ser fiel y consecuente con su público y traer a la Argentina una primicia sin precedentes... Citaba conocidos casos de Nueva Guinea, Katar, Madagascar, Zimbabue, Nueva Delhi, Pekín y Japón de antes y de ahora pero todos –según él– “eran superados por este olímpico y privilegiado caso, por este magnífico ejemplar de hombre gordo”... que él había descubierto y llevado a la fama. Resaltaba y agradecía los meritorios esfuerzos de la empresa que lo garantizaba y lo protegía –no sin sacrificados costos– para que Evangelino mantuviera tan honorífico título y fama. Según él, Evangelino no hablaba nuestro idioma, de allí su imperturbable silencio.

Mientras tanto, un mulato partener con quepis y librea verde tornasolada, con charreteras y botones dorados y un vivo bordó en los puños y a lo largo de la botamanga del pantalón, se ocupaba de atender a Evangelino. Cumplía su función tan ceremonioso y reverente como un lacayo romano atendiendo y aliñando a su emperador. Le acomodaba el bombachón para que se mantuviera vaporoso, le espantaba los jejenes, le secaba con una toalla el sudor que le brotaba continuo, lo abanicaba, le ponía colonia con un algodón embebido y, de tanto en tanto, le exprimía sobre el cráneo una esponja que

sumergía en el agua de un balde plástico. El gordo, imperturbable, no daba señales ni de placer ni de fastidio.

El mulato no se esclavizaba todo el tiempo, después de cada sesión de toilette, desaparecía, lo mismo que el animador, para reaparecer al principio de cada tanda de público, pero antes de irse, invariablemente, daba vuelta un cartelito que decía: "No arrojarle objetos. Es un ser humano como Usted. La Empresa".

Mientras tanto, el gordo quedaba a solas, expuesto ante los ojos azorados de grandes y chicos.

Ante tan enmudecida y tiesa mole, que no ofrecía más atractivos que la primera impresión, muchos, y especialmente los muchachones, pasados los primeros momentos, se aburrían y, haciendo caso omiso al cartelito, comenzaban a arrojarle pequeños adminículos, bolitas de papel o de miga y otros objetos utilizando improvisadas gomeras hechas con banditas elásticas; el juego se generalizaba e iba in crescendo mórbida y cruelmente hasta llegar a arrojarle puchos, cáscara de naranja y monedas, que hacían blanco certero en el frente de la figura, cuando no caían al piso a mitad de su trayectoria.

La gente le decía cosas insidiosas e hirientes. Hacían comparaciones jocosas y le ponían ingeniosos apodos arrancando risotadas en toda la tanda. Le formulaban toda clase de preguntas, algunas groseras, pretendiendo forzarlo a contestar, para conocerle la voz, pero el Gordo inmutable, pétreo, el rostro inexpresivo... salvo sus ojos, negros, profundos, melancólicamente vivos, tristemente opacos. Pestañeaba lento y con una mirada pausada y ausente, sin mover la cabeza, recorría de lado a lado con visajes demorados a todos y a cada uno de los espectadores...

No parecía culpar, y en contra de los alardes orgullosos del animador, más bien parecía sentirse culpable y avergonzado. En el fondo... era tan mansa y entregada su mirada que daba la certeza de haber perdonado la iniquidad de todo el género humano y, como Jesús, parecía decir: "Perdónalos Señor... porque no saben lo que hacen"...

# ÍNDICE

	Pág.
Introducción .....	5 .
La Visteada .....	7 .
Nicbla y soledad.....	11 .
El camino de Barroso.....	15 .
José Adamis, El Gringo .....	21 .
El tachero de Elordi .....	25 .
Tres relatos del Oeste.....	27
El sacrificio de navidad.....	29
Marcial y padrillo oscuro.....	33
En las buenas y en las malas .....	35
Aurelio, El Ciclista .....	37
Leonor y Silverio .....	41
Habla Raquel.....	47
Evangelino .....	51

Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de Octubre de 2000 en  
los talleres gráficos de Editorial Extra,  
Lisandro de la Torre 645 - Santa Rosa (L.P.)

**[www.editorialextra.com.ar](http://www.editorialextra.com.ar)**

Tirada : 2000 ejemplares